

Gilliatt se arrojó de espaldas al mar, y se quedó contemplando. Se hallaba en una espaciosa gruta que tenía encima algo parecido á la parte inferior de un cráneo de mamífero. Bajo el cráneo estaba como recientemente descubierto. Las narices estaban hundidas de las estrias del pensero. Intuitivamente en la bóveda los cráneos de buey y de cerdo. Las paredes de una caja ósea. Por techo, las piedras por anillo, el agua, las olas del mar, comprimidas entre las cuatro paredes de la gruta, parecían anexas á las paredes. La gruta estaba cerrada por todas partes. En una de las paredes había una abertura que daba al exterior.

EL INTERIOR DE UN EDIFICIO DEBAJO DEL MAR.

Todo estaba alumbrado desde abajo al través del agua. Había no sé qué resplandor tenueso. Gilliatt, cuyas pupilas se habían dilatado durante el trayecto oscuro del corredor.

Aquella claridad vino á tiempo.

Con un paso mas que hubiera dado, Gilliatt caía dentro de una agua tal vez sin fondo.

Las aguas de las grutas tienen una frialdad tal y paralizan tan súbitamente, que con frecuencia se quedan en ellas los mas fuertes y hábiles nadadores.

Además el que se hubiera caido no hubiera hallado medio de trepar y agarrarse á los escarpes de la roca.

Gilliatt se detuvo. La grieta de que acababa de salir conducia á un corredor estrecho y viscoso, que era una especie de modillon ó repisa en el muro cortado á pico.

CAPITULO II. A. N. I. BIBLIOTECA

Gilliatt se arrimó de espaldas al muro, y se quedó contemplando.

Se hallaba en una espaciosa gruta que tenia encima algo parecido á la parte inferior de un cráneo descomunal. Este cráneo estaba como recientemente disecado.

Las nervosidades húmedas de las estrías del peñasco imitaban en la bóveda los cruzamientos de fibras y las suturas dentelladas de una caja ósea. Por techo, la piedra; por suelo, el agua; las olas del mar, comprimidas entre las cuatro paredes de la gruta, parecían anchas losas que temblaban.

La gruta estaba cerrada por todas partes. Ni una certera, ni un respiradero; ninguna brecha en el muro, ninguna rendija en la bóveda.

Todo estaba alumbrado desde abajo al trasluz del agua. Había no sé qué resplandor tenebroso.

Gilliatt, cuyas pupilas se habían dilatado durante el trayecto oscuro del corredor, lo distinguía todo en aquel crepúsculo.

Conocía, por haberlas visitado más de una vez, las grutas de Plemont en Jersey, el Creux-Maillé en Guernesey, las Boutiques en Serk, así llamadas por depositar en ellas los contrabandistas sus alijos; pero ninguno de estos maravillosos antros podía compararse con el aposento subterráneo y submarino en que acababa de penetrar.

Gilliatt veía delante de sí bajo las olas una especie de arco anegado. Este arco, ojiva natural formada por las olas, era resplandeciente entre sus dos pies derechos pro-

fundos y negros. Por aquel pórtico sumergido entraba en la caverna la claridad de alta mar. Estraña luz debida á un engullimiento.

La claridad se ensanchaba como un abanico enorme debajo del agua, y se reflejaba en el peñasco.

Sus rayos rectilíneos cortados en largas cintas sobre la opacidad del fondo, aclarándose ú oscureciéndose de una á otra fragosidad, imitaban las interposiciones de varios cristales.

Había luz en la gruta, pero una luz desconocida, una luz que nada tenía de comun con la claridad que vemos habitualmente. Gilliatt podía creer que había pasado de un salto á otro planeta. Aquella luz era un enigma; parecía el resplandor glauco ó verdegay de la pupila de una esfinge.

El interior de la gruta figuraba una cabeza de muerto desmesurada y espléndida; la bóveda era el cráneo, y el arco era la boca; las órbitas faltaban.

Aquella boca, tragando y vomitando el flujo y reflujo, abierta al pleno Mediodía exterior, tragaba la luz y vomitaba la amargura.

Así hacen ciertos seres, inteligentes y malos.

El rayo del sol, atravesando aquel pórtico obstruido por una densidad vítrea de agua de mar, se volvía verde como un rayo de Aldebaran.

El agua, llena toda de aquella luz mojada, parecía ser de esmeralda derretida. Un matiz de alga marina de una delicadeza inaudita teñía suavemente toda la caverna.

La bóveda, con sus lóbulos casi cerebrales y sus ramificaciones trepadoras semejantes á expansiones de nervios, tenia un tierno reflejo dorado.

Los visos de las olas, reverberados en el techo, se descomponian en él y se recomponian incesantemente, ensanchando y estrechando sus mallas de oro con un movimiento de danza misteriosa. Causaban una impresion espectral; el espíritu podia preguntarse qué presa ó qué esperanza alegraba tanto á aquella magnífica red de fuego vivo.

De los relieves de la bóveda y de las asperezas de la roca colgaban largas y finas vegetaciones que bañaban probablemente sus raices por en medio del granito en algun depósito de agua superior, y desgranaban, una tras otra, de su estremidad, una gota de agua, una perla. Las perlas caian al abismo con un pequeño ruido dulce.

El pasmo que causaba el conjunto era indecible. Nada podia imaginarse que fuese mas encantador, ni nada tampoco encontrarse que fuese mas lúgubre.

Era no sé qué palacio de la Muerte, contenta.

XIII.

LO QUE ALLI SE VE Y LO QUE ALLI SE ENTREVE.

Una sombra que deslumbra, tal era aquel lugar sorprendente.

La palpitacion del mar se hacia sentir en aquella gruta. La oscilacion exterior hinchaba y después deprimia el caudal de agua interior con la regularidad de una respiracion.

Se creia adivinar una alma misteriosa en aquel diáfano verde que se levantaba y bajaba silenciosamente.

El agua estaba mágicamente limpia, y Gilliatt distinguia en ella, á profundidades diversas, playas sumergidas y superficies de rocas salientes de un verde mas y mas subido.

Ciertos huecos oscuros eran probablemente insondables.

A los dos lados del pórtico submarino, esbozos de arcos de bóveda rebajados, llenos de tinieblas, indicaban otras pequeñas grutas, apéndices de la caverna central, accesibles tal vez en la época de las mareas muy bajas.

Aquellas escabrosidades tenían techos en plano inclinado, y en ángulos mas ó menos abiertos.

Pequeñas playas que de ancho tenían solo algunos pies, puestas á descubierto al retirarse las olas, se hundían y perdían debajo de aquellas oblicuidades.

En varios puntos, yerbas de mas de una vara de longitud ondeaban debajo del agua con un bamboleo como el de una cabellera tendida al viento. Se entreveían bosques de fucos.

Fuera del agua y dentro del agua, toda la pared de la gruta, de arriba abajo, desde la bóveda hasta su desaparición en lo invisible, estaba tapizada de esas prodigiosas eflorescencias del Océano, tan raramente vistas por los ojos humanos, que los antiguos navegantes españoles llamaban *praderas del mar*.

Un musgo robusto, que tenía todas las degradaciones de color del olivo, ocultaba y amplificaba las exóstosis del granito. De todos los desplomos brotaban las delgadas tiras de la ova de que los pescadores hacen sus barómetros. El soplo oscuro de la caverna agitaba aquellas correas relucientes.

Debajo de todas las vegetaciones se ocultaban y mos-

traban al mismo tiempo las mas raras alhajas de la joyería del Océano, eburnos, estrombos, mitros, cascocs, púrpuras, bocinas, estrutiolarios, turrienlos.

Las lepadas, semejantes á chozas microscópicas, se adherían en todas partes á la peña y se agrupaban formando aldeas, en cuyas calles andorreaban los oscabriones, escarabajos del mar. No pudiendo entrar fácilmente los guijarros en la gruta, se refugiaban allí las almejas.

Las almejas son encopetadas señoras, que, aristocráticamente vestidas, evitan el rudo y grosero contacto del populacho de los chinarrros.

El amontonamiento centelleante de las conchas formaba debajo de las olas, en ciertos puntos, inefables irradiaciones, á cuyo trasluz se entreveían alfombras de lapizlázuli y nácares y oro con todas las degradaciones de color que les comunicaba la luz descomponiéndose en el agua.

En la pared de la gruta, un poco mas arriba de la línea de flotacion de la marea, una planta magnífica y singular se adhería como una orlatura á la tapicería de ova, y la continuaba y concluía. Aquella planta, fibrosa, apiñada, inextricablemente cosida y casi negra, ofrecía á la mirada anchas sábanas oscuras salpicadas en todas partes de innumerables florecillas de color de lapizlázuli.

Las florecillas en el agua parecían que se inflamaban, y tomaban el aspecto de arenas azules. Fuera del agua eran flores, y dentro del agua zafiros, de suerte que las olas, subiendo é inundando el basamento de la gruta reves-

tido de tan admirables plantas, cubrían la roca de carbunclos.

Cada vez que subía el agua hinchada como un pulmón, las flores, bañadas, resplandecían, y cada vez que el agua bajaba, se apagaban; melancólica semejanza con el destino.

A la aspiración, que es la vida, seguía la espiración, que es la muerte.

Una de las maravillas de la gruta era la roca, que tan pronto pared como arco, tan pronto estrave como pilastra, se presentaba en algunos puntos en bruto y escueta y en otros llena de las más delicadas cinceladuras naturales. Un no sé qué, que tenía mucho talento, se mezclaba con la maciza estupidez del granito. ¡Qué artista es el abismo! Había paño de pared que cortado en cuadro y cubierto de redondas jorobas en actitudes especiales, figuraba un vago bajo-relieve, y delante de aquella escultura, en que había cierta nebulosidad, se podía pensar en Prometeo bosquejando para Miguel Ángel.

Parecía que con unos cuantos martillazos el genio hubiera podido concluir lo que había empezado el gigante. En otros puntos la roca estaba adamascada como un broquel sarraceno ó anieblada como un capacete florentino. Había cuarterones que parecían de bronce, arabescos como en una puerta de mezquita, y después, como en una piedra rúnica, impresiones de uña oscuras é improbables. Plantas de tallos torcidos como tirabuzones, entrecruzándose en las doraduras del líquen, cubrían las paredes

de filigranas. Era un antro que se complicaba con una Alhambra.

Era el encuentro de la salvajez y de la joyería dentro de la augusta y disforme arquitectura del acaso.

Los magníficos musgos del mar aterciopelaban los ángulos del granito. Los escarpes estaban festoneados de enredaderas de grandes flores, bastante diestras para no caerse, y que adornaban tan bien que parecían inteligentes. Parietarias de extraños ramilletes mostraban sus mazorcas con oportunidad y gusto.

Había allí toda la afectación para agradar de que es susceptible una caverna.

La sorprendente luz edénica que subía de debajo del agua, á la vez penumbra de mar y resplandor de paraíso, esfumaba todos los lineamentos en una especie de difusión visionaria. Cada ola era un prisma.

Los contornos de las cosas, bajo aquellas ondulaciones del color del iris, tenían el cromatismo de los lentes demasiado convexos, y flotaban debajo del agua espectros solares. Parecía ver torcerse en aquella diafanidad auroral pedazos de arco iris anegados.

Además, en algunos ángulos, había en el agua cierta claridad de la luna.

Todos los esplendores parecían allí amalgamados para producir un no sé qué ciego y nocturno. Nada más perturbador y más enigmático que tanta pompa en una caverna. Lo que dominaba era el encanto.

La vegetación fantástica y la estratificación informe

se habian puesto de acuerdo para producir una armonía. Aquel matrimonio de cosas feroces era feliz. Las ramificaciones trepaban remedando el asalto nocturno de un amante. La caricia de la roca salvaje y de la flor inculta era profunda.

Pilares macizos tenian por capiteles delicadas y temblorosas guirnaldas, que traian á la imaginacion los dedos de las hadas haciendo cosquillas en los pies á un gigante, y la roca sostenia la planta y la planta se asia de la roca con una gracia monstruosa.

El resultado de tantas deformidades misteriosamente asociadas era no sé qué belleza soberana. Las obras de la naturaleza, no menos supremas que las del genio, contienen algo de lo absoluto, y se imponen.

Lo que tienen de inesperado se hace obedecer imperiosamente por el espíritu, porque se siente en ellas una premeditacion que está fuera del hombre, y nunca fascinan tanto como cuando hacen brotar súbitamente lo esquisito de lo terrible.

Aquella gruta desconocida estaba, si así puede decirse y si semejante espresion es admisible, sideralizada. En ella se experimentaba cuanto tiene el asombro de mas imprevisto.

Lo que llenaba aquella cripta era una luz de Apocalipsis. No estaba uno seguro de que aquello existiese. Se tenia delante de los ojos una realidad con el sello de lo imposible. Aquella gruta se miraba, se tocaba; el hombre estaba en ella, y no lo creia.

¿Era luz la que entraba por aquella ventana abierta debajo del mar? ¿Era agua lo que temblaba dentro de aquella cueva oscura? ¿Aquellos arcos y aquellos pórticos no eran una nube celestial que imitaba una caverna? ¿Qué piedra se tenia bajo los pies? ¿No iba aquel sustentáculo á descomponerse y á convertirse en humo? ¿Qué era aquella joyería de conchas que se vislumbraba? ¿A qué distancia se estaba de la vida, de la tierra, de los hombres? ¿Qué era aquella fascinacion mezclada con aquellas tinieblas?

¡Conmoción inaudita, sagrada casi, á que se añadia la dulce inquietud de las yerbas en el fondo del agua!

En la estremidad de la gruta, que era oblonga, debajo de una arquivolta ciclópica de un corte singularmente correcto, en un hueco casi indistinto, especie de antro en el antro y de tabernáculo en el santuario, detrás de una sábana de claridad verde interpuesta como un velo de templo, se percibia fuera del oleaje una piedra cuadrada que tenia el aspecto de un altar.

El agua la rodeaba por todas partes. Parecia que una diosa acababa de bajar de ella.

A la idea de aquella cripta, de aquel altar, no era posible dejar de asociar alguna figura celestial desnuda y eternamente pensativa que la entrada de un hombre obligaba á eclipsarse. Era imposible concebir aquella augusta celda sin una vision dentro; la aparicion, evocada por el delirio, se recomponia por sí misma; un arroyo de luz casta sobre hombros apenas entrevistos, con frente bañada por la luz del alba, un óvalo de rostro olímpico, redonde-

ces de senos misteriosos, brazos púdicos, una cabellera suelta al asomar la aurora, caderas inefables modeladas pálidamente dentro de una sagrada bruma, formas de ninfa, mirada de vírgen, una Vénus saliendo del mar, una Eva saliendo del caos, tal era el sueño que no podía dejar de tenerse.

Era inverosímil que no hubiese allí una fantasma. Una mujer enteramente desnuda, sosteniendo un astro, se hallaba probablemente en aquel altar momentos antes. En aquel pedestal, de que manaba un éxtasis indecible, se imaginaba una blancura, viviente y en pie.

El espíritu se representaba, en medio de la adoración muda de la caverna, una Anfitrítis, una Tétis, alguna Diana que podía amar, estatua del ideal formada de un rayo de luz y que miraba la sombra con dulzura.

Ella era la que, al marcharse, había dejado en la caverna aquella claridad, especie de perfume luz salido de un cuerpo estrella. El deslumbramiento de la fantasma no estaba ya allí; no se percibía aquella figura, hecha solamente para ser vista por el invisible, pero se la sentía; se experimentaba aquel temblor que es una voluptuosidad.

La diosa estaba ausente, pero la divinidad estaba presente. La belleza del antro parecía formada por aquella presencia. A causa de aquella deidad, de aquella hada de los nácares, de aquella reina de los céfiros, de aquella gracia nacida de las olas, á causa de ella, así al menos se lo hubiera figurado cualquiera, el subterráneo estaba religiosa-

mente murado, á fin de que nada pudiese jamás turbar, alrededor de la divina fantasma, la oscuridad que es un respeto, y el silencio que es una magestad.

Gilliatt, que era una especie de visionario de la naturaleza, deliraba confusamente conmovido.

De repente, á algunos pies debajo de él, en la transparencia encantadora de aquella agua, que era como una pedrería desleída, percibió alguna cosa que no puede espresarse. Una especie de largo harapo se movía en la oscilación de las olas.

El harapo no flotaba, bogaba; tenía un objeto, iba á alguna parte, avanzaba rápidamente.

Tenía la forma de una cabeza de muñeco, como las que llevaban los bufones sobre un palitroque, y tenía puntas desmazaladas que ondeaban; parecía todo él cubierto de un polvo que no podía mojarse. Era mas que horrible, era asqueroso.

Parecía dirigirse al lado oscuro de la gruta para sumergirse en el fondo.

A su rededor, las capas de agua se oscurecían. Aquella silueta se deslizó y desapareció, siniestra.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO